ante su cara a todas las ciudades y lugares adonde su sacratísima majestad había de llegar.[8]

Bien tengo para mí que, como esta obra era de Dios, hizo que en esta conversión hubiese un asomo y semejanza de la conversión y predicación que hizo el mismo Señor por su propria persona, cuando vino hecho hombre al mundo. Que primero eligió doce apóstoles y después hizo otra de setenta y dos discípulos, como lo cuenta San Lucas, para que repartidos por diversas provincias y lugares diesen noticia de las misericordias que obraba y bienes que hacía. Y que esto se pueda entender así lo pruebo con decir que la cabeza de aquel apostolado fue Cristo y ellos en número doce; lo cual sucedió en estos apostólicos varones porque, dado caso que con el santo fray Martín fueron nombrados otros doce, que por todos eran trece, sucedió de manera que el uno se quedó en la corte con algunos negocios, y no pasaron acá más de doce por todos. Y esto no quiero que sea acaso, sino que se entienda que fue muy a consejo de Dios; porque así como en aquella primera iglesia él fue la cabeza del apostolado. en esta tan grande y tan ampliada y difusa quiso también serlo, sin querer que el número de trece se cumpliese en otro que en sí mismo; y así trajeron por cabeza a Cristo crucificado estos doce apóstoles del Señor. Y puestos ya en la ocasión del ministerio, inspírales la elección destos discípulos para que instruidos y enseñados en la doctrina evangélica, saliesen a las ciudades y pueblos a disponer las mies, que (como entonces dijo a los otros que había elegido) era mucha y los ministros pocos, pues eligiendo Dios estos ministros apostólicos quiere que sean doce y que los discípulos sean muchos y vayan a disponer las mies para que cuando los frailes fuesen a sus pueblos los hallasen dispuestos y apercibidos para recebir al bautismo que los santos apostólicos varones habían de administrarles.

## CAPÍTULO II. *De algunos pueblos de la comarca de Mexico que vinieron a la fe y recibieron el bautismo*

SI SE HUBIESE DE TRATAR EN PARTICULAR de cada uno de los pueblos o provincias adonde estos predicadores del evangelio llegaron, y del modo como los indios se convirtieron a nuestra fe y se bautizaron, sería hacer un volumen incomportable y de letura enfadosa, porque como todos ellos son cortados por una tijera y vinieron a recebir la fe, casi de una misma manera, hubiérase de repetir y reiterar millares de veces una misma cosa; y por esto bastará decir lo que pasó en algunas salidas que estos religiosos hicieron, y pueblos a do llegaron, porque de aquí se colegirá el modo con que se procedió en las demás partes, a lo menos lo general de la conversión, que casos singulares fueron muy muchos los que acontecieron en esta demanda; y aunque fueron muchos y muy dignos de notar los

[8] Luc. 10.

que acontecieron a los primeros ministros, serán pocos los que yo referiré; porque por haber llegado tarde a escribir esta historia éstas y otras cosas muchas, por la injuria de los tiempos, se han pasado de la memoria, y se han muerto los que podían dar noticia cumplida y larga de ellas.

Los primeros pueblos adonde salieron a visitar y enseñar los religiosos que residían en Mexico fueron Cuauhtitlan y Tepotzotlan, cuatro leguas ambos de esta ciudad, que caen muy cerca el uno del otro, entre las partes del poniente y el norte. La causa de ir primero a éstos que a otros fue porque entre los hijos de los señores que se criaban en el convento de San Francisco de Mexico, con la doctrina de los frailes de él, estaban aquellas dos cabeceras, sobrinos o nietos del emperador Motecuhzuma; y como los frailes estaban enfadados del mucho ruido que por entonces había en Mexico con las disensiones que los castellanos entre sí traían y deseaban hacer alguna salida en parte donde aprovechasen, aquellos niños solicitaron que fuesen a sus pueblos que estaban en buena comarca para acudir a lo que dejaban y a lo que de nuevo pretendían. Llegados allá fueron muy bien recebidos, y comenzaron a doctrinar aquella gente y bautizar los niños, y prosiguiéndose la doctrina, fueron aprovechando mucho en toda buena cristiandad; y de manera que por este caso siempre aquellos dos pueblos se mostraron primeros y delanteros, y lo mismo todos los que tenían de su jurisdicción y sus convecinos. El santo fray Martín de Valencia, como era custodio y prelado de sus compañeros, puesto que quedó como de asiento en Mexico, iba de cuando en cuando a visitar y esforzar a sus hermanos en los pueblos a donde resídían, según está dicho que fueron repartidos; y habiendo dado una vueita por todos ellos, dentro del primer año que llegaron, quiso también hacer otra visita por los pueblos más principales y populosos que le dijeron había en esta comarca de Mexico, por la laguna que llaman dulce, a diferencia destotra que es salobre o salada.

Salió pues el bendito padre fray Martín a evangelizar, desde esta ciudad de Mexico, llevando consigo un compañero que ya medianamente sabía la lengua de estos indios mexicanos (que corre por todas estas comarcanas y veras de la laguna), y comenzó por el pueblo llamado Xuchmilco, que es el mas principal, donde los recibieron con grande aplauso y regocijo de los indios, al modo que ellos usan recebir a los huéspedes principales y dignos de honra y reverencia, de que se pudiera hacer un particular capítulo. Hallaron toda la gente junta para proponerles la palabra de Dios. El padre fray Martín, como no sabía la lengua para hablar en ella, dada la bendición a su compañero, púsose en oración como lo tenía siempre de costumbre, rogando íntimamente al Señor fuese servido de que su santa palabra hiciese fruto en los corazones de aquellos infieles y los alumbrase y convirtiese a la luz y verdad de su santa fe.

La oración de Moysén,[1] cuando estaba en lo alto del monte, levantadas las manos, pidiendo favor a Dios contra los enemigos de su santo nombre, era de tanta eficacia que cuando las tenía en alto (haciendo demonstración

[1] Exod. 17.

que el que tiene su silla en las alturas de los cielos es el poderoso y el verdadero Dios y que todas las otras cosas son inferiores suyas) vencía su ejército; y para que el vencimiento fuese total nunca dejó de tenerlas levantadas todo el día. En esta ocasión estaban ya en la batalla los soldados de Cristo, y el demonio en contrario haciendo guerra; y por esto el santo fray Martín, como otro Moysén, mientras que el religioso está en la batalla, que es predicando (como otro Josué contra los de Amalec), está orando y pidiendo a Dios victoria contra los enemigos invisibles; porque esta guerra, como dice San Pablo, no era contra carne y sangre, que ésa suele ser fácil de vencer, sino contra los espíritus de maldad y los poderíos del infierno que hacen guerra continua.

Fue tan eficaz esta oración que fue oída del Señor y por ventura presentada a su majestad santísima de algún ángel, como lo fueron las de Tobías[2] del ángel San Rafael; y tuvo tanta fuerza la palabra de Dios (que como dice San Pablo, es más penetrante y cortante que una muy tajante espada) que luego movió los corazones de aquellos infieles para obedecerla y recebir el bautismo; porque por estas prevenciones con que se disponían estos apostólicos varones, había puesto Dios tanta eficacia en su crédito que los indios por toda la tierra habían concebido grandísima opinión de ellos con la noticia que también tenían de su ejemplo y santidad; y por esto, viéndolos y oyendo su palabra no daban respuesta, ni hacían réplica a todo cuanto les predicaban y mandaban, sino que luego a la hora traían a su presencia los ídolos que podían haber y delante de los frailes los mismos señores y principales los quebrantaban y levantaban cruces, y señalaban lugares y sitios para edificar sus iglesias; y pedían ser enseñados ellos y sus hijos y toda su familia, y que les diesen el santo bautismo. Los frailes, maravillados y consoldados de ver tan próspero principio, no se hartaban de dar gracias a Dios, y decían aquellas palabras que San Pedro dijo[3] cuando comenzaron los gentiles a venir a la fe. En verdad hemos hallado que no es Dios aceptador de personas, sino que en cualquiera gente, o generación, al que lo busca y obra justicia no lo desecha, antes lo recibe. Quién es el que con ojos atentos mira estas cosas que no vea que se va continuando en estas gentes el cumplimiento de aquella profecía de Isaías,[4] que dice: Sobre el monte obscuro y caliginoso levantad el signo, levantad la voz y no temáis (como dice Procopio). Esta señal que se ha de levantar en alto, declara más en el capítulo once el profeta, diciendo: En aquel día la raíz de Jesé, que está por signo o señal de las gentes, a ese mismo llamarán esas mismas gentes, que quiere decir, cuando después del cautiverio de Babilonia, del cual seréis relevados, recibiéredes mercedes, también las recibirán los gentiles; entre los cuales se deben contar estos de esta Nueva España; y la mayor será que será levantado en alto por todos los pecadores el estandarte real de la cruz santa de Jesucristo, donde hizo la victoria, y con ella triunfarán los cristianos de todo el mundo; y conocerse ha su mucha virtud

[2] Tob. 12.
[3] Ac. Apost. 10.
[4] Isai. 13.

y gran poder, en que cuando sea conocido será recibido de todos y menospreciado todo lo que hasta aquel punto era temido y respetado.

Es señal muy conocida, y ordinaria en los campos militares, las banderas; la cual en los romanos era una águila, levantada en una asta, o la figura de otro animal cualquiera; y en los de nuestros tiempos banderas de sedas, tendidas y tremoladas de los aires; pero hay diferencia del sentido como se entiende en este lugar este signo o estandarte, porque los romanos entendían por signo la imagen o figura que ponían en su bandera, pero los hebreos toman la etimología de esta señal, no de la imagen, sino del levantamiento que de ella hacen en lo alto; porque es levantado en alto para que sea visto de todo el ejército, y por esto la llaman signo o señal. Pues en este lugar signo es lo mismo que estandarte levantado en alto y puesto a los ojos de todos, el cual es Cristo crucificado, significado en aquella serpiente de metal que levantó Moysén en el desierto, diciéndole Dios: Haz una serpiente de bronce y ponla en medio de los campos y ejércitos de Israel en señal.[5] Y esto es lo que después dijo Cristo, por San Juan:[6] Así como Moysén levantó la serpiente en el desierto, así conviene que sea levantado el hijo de la virgen. Y en el octavo, hablando con los fariseos, les dice:[7] Cuando levantáredeis en alto el hijo del hombre conoceréis quien yo soy. De manera que esta exaltación y levantamiento en alto es crucificar a Jesucristo y ponerlo por estandarte y pendón real, donde todos pongan los ojos para que sanen de la enfermedad de la muerte eterna a que los pecados tienen condenados a los hombres. Y este estandarte dice el profeta que ha de ser levantado entre los infieles e idólatras gentiles y a éste llegarán todos y lo invocarán.

¿Qué más verificado (dejado todo lo acaecido en el mundo, hasta estos tiempos) que en estas gentes de la laguna mexicana y todas las demás que en esta tierra, en el principio de su conversión corrieron, destruyendo ídolos en el monte caliginoso de la idolatría, recibiendo la fe de Jesucristo, levantando en alto el estandarte de la cruz y disponiéndose para el bautismo, como en estas gentes de Xuchimilco vemos haberse hecho? Conociendo a Dios aquel pueblo que no le conocía y recibiéndole por capitán los soldados que hasta entonces lo habían sido del demonio. Pues con estos buenos principios se alegraron en el Señor estos santos ministros; y volviéronles a predicar otra vez, animándolos para el aparejo y disposición que se requería para el bautismo; entonces bautizaron algunos niños y con esto pasaron a otra parte.

[5] Num. 21.
[6] Ioan. 3.
[7] Ioan. 8.